

ISAAC BASHEVIS SINGER

EL SEDUCTOR

TRADUCCIÓN DEL YIDDISH
DE RHODA HENELDE Y JACOB ABECASÍS

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Der Sharlatan*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

Edición en inglés © 2019 by The Isaac Bashevis Singer Literary Trust
Este libro ha sido negociado a través de ACER Madrid con el permiso
de Susan Schulman Literary Agency LLC, Nueva York.

Todos los derechos reservados

© de la traducción, 2022 by Rhoda Henelde Abecasis
y Jacob Abecasis Hachuel

© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

[Subvencions i ajuts a l'edició o la traducció.]

Cubierta a partir de una ilustración para de *The Birds of America*,
de John James Audubon

ISBN: 978-84-18370-83-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 3954-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

Con posterioridad al fallecimiento de Isaac Bashevis Singer el 24 de julio de 1991 en Miami (Florida) ha venido descubriéndose, entre su copiosísima producción literaria legada al Harry Ransom Center de la Universidad de Texas en Austin, cierto número de obras no publicadas en vida del autor. La más reciente, aparecida en 2017, ha sido la traducción al inglés, con diversas anotaciones del propio escritor y nunca publicada, de la novela *Der Sharlatan*. El original yiddish de esta novela había visto la luz por entregas semanales en el *Forverts*, periódico neoyorkino en esa lengua, a finales de 1967 y comienzos de 1968, es decir, diez años antes de que el autor recibiera el Premio Nobel de Literatura.

¿Por qué rehusó Bashevis Singer publicarla en todos esos años? Diversos críticos han señalado como posible motivo el hecho de que se tratara de su producción más confesional, una especie de sarcástica ironía autocrítica reflejada en el personaje central de la obra. No sólo el escenario en el que se desarrolla la acción—la ciudad de Nueva York, y aun más concretamente el eje entre Broadway y Manhattan—era próximo al corazón del escritor, sino también la angustiosa situación de los protagonistas, inmigrantes judíos escapados de Europa, sumidos en el exilio, el desarraigo y la incertidumbre por los familiares que allí quedaron, durante el crítico período que se abrió con la invasión nazi de Polonia en septiembre de 1939.

La actual versión en español se ha hecho a partir de la versión publicada en el periódico yiddish antes citado, pero también de la propia traducción al inglés recientemente descubierta de Bashevis Singer, de acuerdo con su voluntad. Por otra parte, mediante las notas al pie, se ha querido dejar constancia de las fuentes correspondientes a las más de cuarenta citas, sobre todo bíblicas y talmúdicas, que, con absoluta naturalidad, el autor va deslizando en el texto.

En cuanto al título de la traducción al español, habida cuenta de la primera definición de *charlatán* que da la RAE, ‘hablar mucho y sin sustancia’, hemos optado por la tercera, ‘embaucador’, más próximo al sentido del término en la lengua original, y, por proximidad, *El seductor*, sin duda mucho más ajustado a la personalidad hedonista, divagante y escéptica, aunque humana y sincera, del protagonista de la obra.

Para acabar, el significado de los términos hebreos y yiddish que aparecen a lo largo de la novela se aclara en el glosario de las últimas páginas.

PRIMERA PARTE

I

Nada más llegar, todos decían lo mismo: «América no es para mí». Poco a poco, sin embargo, cada cual fue instalándose, y no peor que en Varsovia.

Morris—antes Moyshe—Kálisher se dedicó de nuevo a la compraventa de inmuebles y muy pronto se dio cuenta de que en Nueva York no tenías que ser mucho más experto que allá en Varsovia. Comprabas una casa y cobrabas por ella un alquiler. Parte del ingreso lo dedicabas a amortizar la hipoteca, y con el resto podías vivir. Si aún quedaba algo, lo invertías en un anticipo para algún otro inmueble en construcción. Sólo se necesitaba empezar. Morris Kálisher había adquirido su primera casa en 1935. La buena suerte no lo había abandonado desde entonces.

Entre los inmigrantes se decía que Morris Kálisher se desenvolvía en los negocios como pez en el agua. Mantenía su costumbre de garabatear números sobre cualquier mantel o anotar una dirección en el puño de la camisa. En cuanto a su atuendo, continuó vistiendo como un *greener*:¹ camisa de cuello rígido y puños almidonados, zapatos con polainas incluso en verano y un sombrero hongo, sin importarle que todo ello ya estuviera pasado de moda, incluida la corbata negra sujeta mediante un alfiler con una perla.

¹ *Greener* o *greenhorn*: coloquialmente, denominación del inmigrante judío recién llegado desde Europa a Estados Unidos. (*Todas las notas son de los traductores*).

En cierto sentido, Morris se había propuesto convertir Nueva York en Varsovia. Igual que allí se sentaba en el café Bristol o en el de Lurs, aquí se hizo cliente asiduo de cierta cafetería en la que pedía un café, siempre en vaso y no en taza. Incluso se las arregló para que alguien se lo sirviera directamente en la mesa, ya que detestaba llevar él mismo la bandeja como si fuera un camarero. Fumaba puros, se rascaba los oídos con un bastoncillo y, mientras sorbía el café, la cabeza le rebosaba de planes. Sí, resultó que era verdad: en América el oro estaba diseminado por las calles. Sólo hacía falta saber dónde recogerlo.

El país estaba a punto de entrar en guerra y el precio de los productos crecía sin cesar. Era fácil conseguir un crédito en un banco. Morris Kálisher, haciendo cálculos, llegó a la conclusión de que las acciones en Bolsa, más pronto o más tarde, subirían. Todavía no se expresaba bien en inglés, pero ya leía los periódicos y se hacía una idea de lo que a diario sucedía en Wall Street. A su amigo Hertz Mínsker trataba de convencerlo:

—Escúchame y déjate de tonterías, Hertz. Hazte *businessman*, hombre de negocios, como los demás. Recuerda estas palabras: sólo tienes que dar el primer paso. No cuentes con Freud para ganarte aquí la vida.

—Sabes muy bien que no soy nada freudiano.

—¡Qué más da! Freudiano, adleriano, junguiano... Todo eso no vale un pimiento. Ni una cebolla te ofrecerá nadie a cambio de un complejo de Edipo.

—¡Si no paras de darme la lata con el psicoanálisis, romperé toda relación contigo!

—Vale, vale. No voy a inmiscuirme en tus conocimientos. Es verdad que soy un ignorante en esos temas, pero sí que soy una persona práctica. En América tienes que saber adaptarte. Aquí hasta un rabino debe comportarse como un *businessman*. Ya puedes ser un nuevo Aristóteles que,

si te quedas sentado en un rincón en el piso de algún amigo, nadie te hará ni caso. Tienes que darte a conocer. El propio Mesías, si viniera a Nueva York, debería poner un anuncio en la prensa...

Morris Kálisher era de baja estatura, hombros anchos, manos y pies demasiado grandes para su complexión y una cabeza de tamaño considerable, lo que en Polonia se llamaba «una cabeza llena de agua», en cuya calva le asomaban algunos mechones de pelo; por lo demás, tenía una frente alta, la nariz algo torcida, los labios gruesos y el cuello corto. En el mentón se dejaba crecer una perilla, indicio de que no había abandonado por completo su raíz judía. Sus ojos saltones eran grandes y negros como los de una ternera.

Descendía de una familia de *jasídím*, y de muchacho había estudiado primero en la *yeshive* de Gur y más tarde en la corte del *rebbe* de Sochaczew. Lo casaron con la hija de una familia acaudalada que, pocos años más tarde, murió dejándolo con un hijo y una hija. Al hijo, Morris le puso el nombre de Léibele en memoria de su abuelo paterno, y a la hija la llamó Feigue Malke, en recuerdo de su abuela materna. Unos nombres que, más adelante, los propios jóvenes convirtieron en León y Fania respectivamente. León se marchó a Suiza a estudiar y estaba a punto de graduarse en Zúrich como ingeniero eléctrico. Fania, con veintidós años cumplidos, tras haber estudiado en la Universidad de Varsovia retomó sus estudios en la Universidad de Columbia. Más tarde, debido a que no se llevaba bien con su madrastra, abandonó la casa paterna para mudarse a un hotel, americanizó su nombre y se hizo llamar Fanny.

La segunda esposa de Morris Kálisher, Minne, solía jurar por lo más sagrado que trataba a Fanny mejor que una madre y que se sacrificaba por ella, pero la muchacha respondía con maldad a la bondad. Morris sabía que su mujer tenía razón. La joven era de carácter huraño, algo así como

una judía antisemita, y se burlaba abiertamente de su padre. En cierta ocasión le advirtió que ella nunca se casaría con un judío, y Morris, por primera vez, le propinó una bofetada. No mucho después, Fanny se marchó de casa. Cada semana su padre le enviaba un cheque por correo.

En ese momento Morris le estaba diciendo a Hertz Mínsker:

—Si no quieres dedicarte a los negocios, abre una consulta. En Nueva York no faltan locos.

—Hay que tener, cómo se llama eso..., una licencia.

—Pero tú has estudiado. Eres un discípulo de Freud.

—Hay que aprobar un examen.

—Bueno, ¿y eso es un problema para ti?

—El inglés me resulta difícil. Además, no me apetece nada dedicar mi tiempo a las damas de Park Avenue. No es eso lo que quiero.

—¿Y qué es, entonces? ¿La luna y las estrellas?

—Déjame en paz. Yo no puedo, en plena catástrofe mundial, comenzar una carrera. Ese Hitler, que lo sepas, no es para tomárselo a broma. Es el propio Satanás, el maligno Asmodeo que ha venido para apagar la última chispa de luz; él por un lado, y Stalin, borrado sea su nombre, por el otro. Se trata de la guerra entre Gog y Magog, si te gustan las comparaciones. Hasta ahora no han caído piedras del cielo, pero ¿qué son las bombas? Los judíos en Polonia corren grave peligro. ¡Quién sabe lo que va a suceder allí! Conociendo todo esto, ¡yo no puedo sentarme a escuchar las lamentaciones de alguna cotorra americana que a sus setenta años se arrepiente de no haber traicionado a su marido cuarenta años atrás! Te lo ruego, no me califiques de psicoanalista. Para mí es el peor de los insultos. Como si me clavaran un puñal en el corazón.

—¡Dios me libre! No pretendo hacerte ningún daño. Sabes lo mucho que te aprecio. Sencillamente, compadezco

a tu esposa. Vuestra vivienda no está hecha para ella. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada al lujo.

—No la obligué. Ella sabía de antemano dónde se estaba metiendo.

—Así y todo, nosotros los hombres estamos hechos de un barro más robusto. Tenemos nuestras ambiciones, fantasías..., digamos estupideces. Una mujer, en cambio, depende de pequeños detalles. Tus ventanas dan a un muro... Te pedí mil veces que aceptaras aquel otro apartamento en mi edificio. Ahora ya está todo alquilado.

—Yo no lo quería. No lo quería. Ella tampoco. Nos ayudaste a que viniéramos a América, y eso es suficiente. No me voy a convertir en un parásito. Precisamente hoy, Bronie ha comenzado a trabajar.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En una fábrica.

—Eso no está bien. No es para ella.

—No la he obligado. Fue ella quien lo quiso. Yo le previne a tiempo. ¿Qué más podía hacer? Además, en realidad no sabemos nada. Ayer soñé que se producía una terrorífica explosión y todos los rascacielos se derrumbaban. Era tan real como si hubiera sucedido de verdad. El Empire State Building oscilaba como un árbol en una tormenta. Sólo fue un sueño, pero no me deja tranquilo.

—A Nueva York nadie lo va a destruir.

—¿Por qué no? Jerusalén también era una hermosa ciudad. Todo depende de lo que decidan allá arriba, en el cielo. Normalmente deciden que triunfen los bárbaros. Así que ¿por qué iba a ser diferente ahora? A menos que hubiera llegado el Día del Juicio Final...

—Entretanto, sin embargo, hay que seguir viviendo... Voy a pedir que te traigan un café y un trozo de pastel...

Hertz Mínsker, alto, delgado y pálido, era algunos años más joven que Morris Kálisher. Alrededor de la calva se había dejado crecer el pelo largo de un color castaño claro. Todo en él era estrecho: el cráneo, la nariz, el mentón y el cuello. Eso sí, tenía una frente despejada, la frente de un rabino. Detrás de las gafas con montura de concha, sus ojos grises observaban entre preocupados y asombrados, como si nunca reconociera el lugar donde se encontraba ni las personas con las que estaba hablando. Durante muchos años había errado de una gran ciudad a otra: Varsovia, Berlín, París, Londres, y en cada una de ellas se extraviaba. En ninguna aprendió cómo llegar al hotel en el que se alojaba o al tranvía que había de llevarlo a casa. Tampoco aprendió a hablar correctamente ningún idioma, salvo el yiddish y un poco de hebreo, aunque sí se atrevió alguna vez a escribir algún texto en alemán, en francés y hasta en ruso. Había estudiado en varias universidades, sin embargo, en ninguna de ellas había llegado a graduarse ni conseguido un título.

Morris solía referirse a Hertz como el eterno alumno de *yeshive*. Siempre llevaba bajo el brazo una cartera repleta de libros y manuscritos. Constantemente apuntaba algo en una libreta, lo que causaba la impresión de que estuviera trabajando, desde hacía años, en alguna obra maestra que sorprendería al mundo. Sin embargo, hasta ahora nada había salido de ello.

Vagando de una ciudad a otra y sumergiéndose en toda suerte de bibliotecas y archivos, Hertz se las había arreglado, no obstante, para casarse cuatro veces, además de haber mantenido quién sabe cuántos enredos amorosos.

Morris Kálisher conoció a Hertz Mínsker cuando éste todavía se cubría la cabeza con una *kipá* de seda, y se de-

jabá crecer tirabuzones que le llegaban hasta los hombros. El padre de Morris solía visitar la corte del *rebbe* de Pilsen, cargo que entonces ocupaba el padre de Mínsker, conocido como hombre testarudo y cabalista erudito que se había divorciado de tres esposas. Hertz nació de la primera de ellas y en algún lugar debía de tener hermanastros y hermanastras a quienes nunca había visto.

Con el paso del tiempo Morris y Hertz perdieron contacto y, a lo largo de los años, se veían esporádicamente en alguna capital europea o en algún balneario. Cada vez que Morris Kálisher topaba con Hertz, éste se hallaba metido en algún lío. Tenía una extraordinaria habilidad para verse envuelto en embrollos que para cualquiera serían inconcebibles. Acumulaba deudas que, de no pagarlas, podrían costarle la vida. Cuando coincidía casualmente con Morris, exclamaba con una palmada: «¡Del cielo te han enviado! Justo estaba pensando en ti... ¡Ha sido la Providencia!».

Esto lo decía meneando la cabeza y elevando la mirada al cielo. Unas veces andaba escaso de dinero; otras, se le había caducado el pasaporte o el visado, había olvidado un manuscrito en algún hotel o alguien, por alguna razón, lo había denunciado a la policía y amenazaban con deportarlo.

El principal problema de Hertz Mínsker derivaba de haber nacido en Rusia, donde su padre se había refugiado durante algún tiempo, y poseer, desde la Revolución rusa de 1917 y debido a una serie de formalidades y complicaciones, un pasaporte Nansen de apátrida. No era ciudadano de ninguna nación. Y como siempre olvidaba renovar su visado, en cualquier lugar donde se hallara residía ilegalmente. Para sus amoríos con mujeres utilizaba nombres falsos. En algún rincón de Varsovia tenía una hija. En Aviñón, mantuvo una relación con la viuda de un judío sefaradí de origen armenio. Ella quedó embarazada y parió un

niño. «¡No soy más que un seductor!—solía decir de sí mismo—. Es la amarga verdad...».

Morris Kálisher estaba convencido, no obstante, de que Hertz Mínsker era también un extraordinario intelectual, a su manera un experto en filosofía, e incluso un políglota. Poseía cartas firmadas por Freud. Nada menos que Henri Bergson, en cierta ocasión, había redactado el prólogo para una obra de Mínsker que nunca vio la luz. Había tenido contactos con Alfred Adler, Martin Buber y otras personalidades de fama mundial. Artículos suyos habían aparecido en algunas antologías en hebreo, así como en publicaciones alemanas y francesas.

De la misma manera que Morris Kálisher destacaba por su buena memoria y aún recordaba algunas páginas de la Guemará, Hertz Mínsker lo deslumbraba a menudo con sus conocimientos. Se sabía al dedillo todo el Talmud; citaba extractos del Zóhar y versos enteros en griego y en latín. En lo que respecta al movimiento jasídico, Hertz conocía el nombre de cada *rebbe*, desde el fundador, el Baal Shem Tov, hasta los actuales.

Morris solía preguntarse una y otra vez: ¿cómo podía una mente albergar en su interior tantos conocimientos? ¿Y cómo era posible que un hombre de estudios, un intelectual como era Hertz, se liara con toda clase de mujeres y se metiera en aventuras dignas de un truhán? El misterio era aún más profundo debido a que Mínsker se tenía por hombre devoto. Lo cierto es que había adoptado un peculiar tipo de religión judía: fumaba durante el *shabbat*, pero ayunaba en el *Yom Kipur*; comía alimentos no *kósher*, pero se ponía las filacterias para rezar. Tenía en alta estima a Jesús, pero sentía inclinación hacia el anarquismo.

Alguna vez Morris Kálisher se lo había comentado a Minne, su mujer: «Sólo el Señor del mundo sabe lo que es Hertz, y a veces dudo que ni siquiera Él lo sepa».

Hertz Mínsker había llegado a Nueva York en 1940 acompañado de su esposa, Bronie, quien se había casado con él tras abandonar a su marido en Varsovia. Éste era un comerciante próspero, todo un caballero, hijo de un magnate, y Morris Kálisher lo había conocido en su día. Sin embargo, ya se había habituado a no preguntarle a Hertz acerca de este tema.

En Nueva York, Hertz Mínsker se extraviaba aún más que en las otras grandes ciudades en las que residió. También le iba peor en lo que respectaba a ganarse la vida. Ya desde el primer día se quejó de que el aire de esa ciudad era sofocante. Además, no lograba discernir entre *uptown* y *downtown*. Cada vez que viajaba en el metro sus despistes eran tan ridículos que cualquiera, sin necesidad de estar de acuerdo con Freud, vería en ellos la mano del subconsciente y las contradicciones que lo saboteaban desde su fuero interno.

Le sucedían toda clase de contratiempos: se había dejado la cartera en el ascensor; había perdido un par de gafas que, se lamentaba, era imposible volver a hacerse en Nueva York; por no haber solicitado, al llegar a Estados Unidos, un visado de inmigrante, había entrado con uno de turista y ahora debía prorrogarlo una y otra vez. Para obtener un visado de residente, debía salir del país, por ejemplo a Canadá o a Cuba, y volver a entrar como inmigrante. Y para entrar en alguno de esos países, también necesitaría pedir un visado...

En la cafetería donde estaban sentados, el portorriqueño que fregaba el suelo y a quien Morris había convertido en su camarero puso sobre la mesa un trozo de pudín y un vaso de café para Hertz Mínsker. Éste comenzó a menear la cabeza de un lado a otro y a murmurar algo, como si estuviera recitando una bendición.

—No tengo hambre ni sed—dijo.

—No importa, no te hará ningún daño.

—¿Qué sentido tiene atiborrarse?—reflexionó Hertz, hablando mitad a Morris y mitad a sí mismo—. Envidio a Gandhi. Es la única persona sensata en nuestros tiempos. Llegará un día en que el hombre dejará de comer. Eso es cosa de las bestias. El amor, en cambio, es totalmente diferente. Su esencia es la espiritualidad. Yo no creo en todas estas reglas... No se puede poner bridas al espíritu. Y la verdad es que un hombre puede amar a diez mujeres a la vez y entregarse a cada una de ellas en cuerpo y alma. Si las personas comunes no pueden aceptarlo es porque entre ellas predominan los eunucos... Por esta razón aman tanto las guerras.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Existe una relación...

3

Morris Kálisher no continuó mucho tiempo sentado en la cafetería. Tenía cita con algún comerciante. Puesto que quería pagar él la cuenta sugirió que salieran juntos, pero esta vez Hertz se resistió:

—Voy quedarme un rato más—dijo.

—¿Qué vas a hacer aquí? ¿Bendecir el trozo de pudín?

—Quisiera escribir algunas notas.

—Bueno, la voluntad de cada hombre es sagrada. Toma algunos dólares y podrás pagar la cuenta.

—No necesito dinero.

—Tómalo, tómalo. ¡Toma siempre lo que se te da!—bromeó Morris Kálisher—. Y no olvides que mañana por la noche estás invitado, junto con tu querida esposa, a nuestra casa. Minne ya ha comprado media tienda de víveres.

—De acuerdo. ¡Muchas gracias!

—Y no pierdas el tique. Aquí, si lo pierdes, ¡sólo te queda el suicidio!

Morris se levantó para marcharse, no sin antes entregar al empleado portorriqueño una moneda de veinticinco centavos. Iba pensando en Mínsker: «Un hombre genial y, sin embargo, un infeliz. Si no se las arregla pronto aquí en América lo pagará caro». Antes de salir, aún echó una mirada hacia atrás y vio cómo Hertz ya había sacado una libreta del bolsillo delantero y una pluma estilográfica.

«Leibniz estaba equivocado. Las mónadas sí tienen ventanas. Incluso escaleras tienen», escribió Hertz, subrayando la palabra *escaleras* tres veces. Comenzó a hojear la libreta. En un margen figuraban números de teléfono. Una intrigante manía le llevaba a apuntar con caracteres hebreos los números de teléfono y por sus iniciales los nombres. Se puso en pie y fue hacia la cabina. Insertó una moneda y marcó el número. Enseguida oyó una voz femenina:

—*Bitte? Prosze? Hello?*

—Mínnele,¹ soy yo...

Por unos instantes ambos guardaron silencio.

—¿Dónde estás?—preguntó ella finalmente.

—En una cafetería. Saludos de tu esposo. Se ha marchado y yo me he quedado solo. Iba a encontrarse con un hombre de negocios.

—¿Te dijo con quién?

—No lo pregunté.

—¿Quieres venir?

—Es un poco arriesgado.

—Date prisa. He tenido un extraño sueño. Desde que entraste en mi vida tengo unos sueños muy raros. Me pareció que era la fiesta de *Hosbaná Rabbá* y yo agitaba al-

¹ En yiddish, el sufijo *-ele* equivale al diminutivo *-ito, -ita* en español. Lo mismo el sufijo *-eshi* para un nombre propio.

gunas ramitas de sauce. Una de ellas se resistía a desprenderse de sus hojas. Pese a que yo la sacudía con todas mis fuerzas, no caía ni una sola de ellas. Entonces me di cuenta de que era una rama de palmera, con cestitos llenos de hojas de mirto, entre otras cosas. Agarré una toronja y, en ese momento, se me apareció mi madre, en paz descanse, toda vestida de blanco. También su rostro era blanco, como el de un cadáver. Me asusté, y ella dijo: «Mínneshi, muerde la punta de la toronja».

—¿Y la mordiste?

—No. Me desperté.

—Todo eso tiene que ver conmigo.

—¿Crees que no lo sé? Estás en todas partes. Le hablo a Morris, pero en realidad me estoy dirigiendo a ti. A veces me parece que hasta he adoptado tu modo de hablar y temo que él se dé cuenta, pero sólo piensa en los negocios. Te lo aseguro, este hombre se hará millonario en América. Anoche, acostado en la cama, estuvo despierto hasta la una de la madrugada mareándome con sus negocios. Resulta que ahora ha comprado una fábrica.

—Sería una pena abandonar un marido como ése.

—¿Qué obtengo yo de su dinero? Ven enseguida. ¡Cada minuto cuenta!

—Tomaré un taxi.

—¡Dame un beso! ¡Así! ¡Otro! No seas tan tacaño.

Hertz Mínsker colgó el auricular. Mantuvo un momento abierta la puerta de la cabina para dejar que entrara el aire. Mientras se rascaba la patilla derecha, murmuró: «¡Me he metido en un buen berenjenal! ¡Esta vez no voy a salir bien librado!», profetizó.

Como de costumbre, el moralista malicioso que habitaba en su interior lo amonestó. Mínsker lo denominaba su «predicador», parodiando al ángel que cada noche se le aparecía a Yosef Caro, el gran legislador rabínico.

Comenzó a rebuscar otra moneda en el bolsillo trasero, pero no le quedaba ninguna. Quería telefonar a Aarón Deiches, el pintor. «Bueno, ya lo llamaré desde el piso de Morris», decidió.

Salió de la cabina telefónica y se enjugó el sudor con un pañuelo de seda. Pese a las privaciones que había padecido durante años, Hertz Mínsker usaba ropa de calidad. Le compensaba no comprar la de más bajo precio, ya que, por naturaleza, era persona cuidadosa y un mismo traje le duraba varios años, igual que los zapatos, que apenas desgastaba. En ese momento vestía una chaqueta gris, pantalón de rayas, zapatos lacados, una ancha corbata artística y un sombrero de felpa de ala ancha.

Agarró su cartera y se dirigió a la caja, cerca de la puerta, pero de repente se dio cuenta de que no tenía el tique. Volvió a la mesa y allí tampoco estaba. «Bueno, ahora tendré que suicidarme», bromeó para sí.

Se acercó a la cabina telefónica, pero estaba ocupada. Se mantuvo a la espera. Aunque desde hacía años ya no se dejaba barba, mantenía el hábito de llevarse la mano al mentón, como para tirar de ella cuando meditaba. «¡Ay, estoy perdiendo este mundo y el venidero! Seguro que Morris no se lo merece. ¡Mal, muy mal!».

El hombre que telefoneaba salió de la cabina y Hertz encontró el tique en el suelo. Pagó la cuenta y salió. Enseguida llamó a un taxi y pidió que lo llevara a casa de Morris Kálisher. Durante el trayecto repasó mentalmente las posibles razones para convivir con una mujer. Así como la unión conyugal con la persona predestinada debía nacer del fondo del alma, las relaciones extramatrimoniales, por el contrario, no eran más que un hecho convencional. «No desearás la mujer de tu prójimo» era algo íntegramente basado sobre el principio de posesión, una herencia de tiempos pasados, cuando la esposa era equiparada a un buey o

a un asno. ¡En cuanto se abolió la esclavitud, también la esposa dejó de ser una propiedad! A lo largo de todos aquellos años había echado en falta a alguien como Minne. Ella, por lo menos, podría hacer algo por él, siguió pensando. Su esposa Bronie, por desgracia, era una mujer rota. «¡Cometí un error—se dijo—, un amargo error! ¡En fin, lo cierto es que la salvé de la muerte! En Polonia seguro que habría sido aniquilada».

El taxi se detuvo en la dirección solicitada. Morris Kálisher residía en Broadway, entre las calles Sesenta y Ochenta. Hertz pagó al taxista y subió en el ascensor.

Tan desvalido como era para todo lo demás, en asuntos de amor era un experto. Siempre había deseado a las mujeres, física y espiritualmente. Cualquiera que fuera el aprieto en que se encontrara, estaba listo para aprovechar una nueva oportunidad. Era algo así como su opio, sus naipes, su alcohol. Creía que cada individuo tiene una pasión principal, y por ella sacrifica todos los principios, todas las convicciones. Esa pasión número uno era sólo producto del destino de cada cual. Como dijo Nietzsche, se hallaba más allá del bien y del mal.

El psicoanálisis de Mínsker consistía en detectar en cada paciente la pasión número uno que, a veces, debido a un conjunto de causas e inhibiciones, la propia conciencia rechaza. No siempre tiene que estar ligada al sexo, ni tampoco al ansia de poder. Por otra parte, en ocasiones, al hacerse uno mayor, sucede que la pasión número uno se convierte en la número dos, y la número dos en número uno. Se trata de una especie de menopausia psíquica que produce en la persona una terrible crisis interna, ya que las pasiones luchan entre sí para imponer su dominio.

Hertz llamó a la puerta y Minne la abrió enseguida. Ahí estaba, de pie ante él, una mujer rellena, de estatura media, con el cabello negro recogido en un moño y con unos

pendientes largos colgando de las orejas. En contraste con esa cabellera, negra como el azabache al igual que los ojos, destacaba su cutis claro, con la nariz un poco larga y los labios gruesos. Al cuello llevaba colgada una antigua cadena con una reliquia, herencia de su abuela. Su busto quizá resultaba demasiado pronunciado, pero a Mínsker le gustaban los senos grandes. Las manos de Minne eran blandas y tiernas, «unas manos rabínicas», diría él.

Para los estándares femeninos, Minne era bastante cultivada. Tenía conocimientos del hebreo e incluso componía poemas en yiddish—que, hasta la fecha, los editores se habían negado a publicar—. También pintaba algún paisaje de vez en cuando. Su modo de hablar oscilaba entre el de una mujer moderna y el de una *rébbetsin*.

—¡Helo aquí! Bueno, ¿por qué te quedas ahí parado? Entra. ¡Bienvenido seas!

Y tendió los brazos a Hertz.

4

Se besaron durante largo rato, inmóviles en una especie de mudo rezo, sumidos en un religioso éxtasis de amor. Mínsker apoyaba las manos sobre las caderas de Minne como sobre un atril. Aunque no coincidía con Freud en muchos aspectos—incluso consideraba que su método estaba plagado de errores y malentendidos—, admitía, por razones muy diferentes, que la libido desempeña un papel fundamental. Pero Freud era, en esencia, un racionalista. Las emociones humanas no eran para él más que el residuo de un sentimiento primigenio, en definitiva, un escollo para la cultura. En este sentido, no estaba lejos de Spinoza, para quien las emociones eran casi superfluas, una especie de espuma de la Creación. Mínsker, por el contrario, era y seguía siendo

un cabalista. La Cábala era el auténtico panteísmo, y el espíritu del mal era absolutamente relativo...

Al cabo de un rato, Minne se despegó de él.

—¡Ay! ¡Me he quedado sin aliento!

Su rostro había enrojecido y se había vuelto juvenil, como el de una muchacha tras su primer beso.

—¿Cuánto tiempo puedes besar de esta manera? ¿Hasta el año seis mil?

—¿A ti? Eternamente...

—Bueno, entra y siéntate. Desde que te conocí, sólo deseo vivir para siempre...

—En realidad se vive eternamente...

—Eso lo dices tú... Pero cuando contemplas cómo se pultan a una persona, te resulta impactante. Ayer mismo acudí al funeral de una mujer que había vivido sin pareja y que jamás conoció el amor... ¿Qué sentido tiene haber pasado tus años en soledad?

—Son cosas del destino.

—Sí, tienes razón. Todo está preconcebido. Cuando me pongo a pensar sobre mi vida, veo nítidamente cómo una mano me ha ido guiando. Poco antes de que tú te presentaras, todo empezaba a volverse gris. De pronto me había quedado sin esperanza. Pero en ese instante te enviaron a mí. En cuanto te conocí, supe que así era... He escrito un nuevo poema.

—Léemelo.

—¿Aquí? ¿En el vestíbulo? Entremos primero.

Minne no sólo escribía, pintaba y leía libros serios, sino que además era buena ama de casa. Morris Kálisher disfrutaba de su buen hacer. Con su primera esposa, en paz descansase, a pesar de que no le faltaban criadas, el desorden imperaba en la vivienda. A Minne, en cambio, le ayudaba una asistenta sólo dos veces a la semana, pero en la casa todo resplandecía. También a Mínsker le impresionaba esto y

comparaba aquella cocina con una farmacia. El parquet brillaba como un espejo en todas las habitaciones. En los jarrones había siempre flores frescas que difundían su fragancia. Pese al calor en el exterior, el piso se mantenía ventilado y fresco, pues algunas de las ventanas no daban a la calle, sino a un patio de luces.

Minne tomó por la muñeca a Hertz y lo condujo al comedor.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—A ti misma, y nada más.

—¿Un vaso de zumo de naranja con hielo? ¿Tal vez un poco de *borsch* frío? ¿O quizá un bollo con arándanos y nata?

—Nada, nada. Acabo de comer.

—¿Qué temes? Las personas como tú no engordan.

—No tengo hambre.

—A mi lado debes estar siempre hambriento.

—No podría comer ni beber.

—De acuerdo. Entonces, un poco más tarde. Mi poema no te va a gustar, pero crea un cierto estado de ánimo. Desde que tú me hablaste de la escritura automática, empecé a escribir de modo automático. Pongo el lápiz sobre una hoja de papel y todo fluye sin pensar. Te reirás, pero al escribir siento el impulso a hacerlo de izquierda a derecha, como se vería en un espejo, al contrario de como escribimos en yiddish.

—¿Tal vez estés sometida a algún control externo?

—¿Qué clase de sometimiento es ése?

Mínsker le explicó que un control externo era un médium espiritual. Luego, Minne le leyó su poema.

—¡Excelente! ¡Una obra maestra!

—Eso lo dices tú. Los editores me lo devolverán con el sello: «No publicable».

—Lo publicaremos en nuestra propia revista.